

CEDDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta; Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 66

AÑO XII

MADRID, DOMINGO 28 DE OCTUBRE DE 1906

NUM. 570



EL TENORIO DE ESTE AÑO

D. JUAN.—¡CENAD, PUES, AMIGOS MIOS...! (Se oye una tos muy cercana.)
CHITTI.—¡ESA TOS DE CARRASPERA
HA SONADO EN LA ESCALERA...!
D. JUAN.—¿SI SERA MONTERO RIOS?

S



ANUNCIOS INCOBRABLES



EL MONTEROLA ANTIGUO ESTILO

Es una desdichada invención, gracias á la cual no solamente puede cualquier anciano canonista tocar el piano, sino también el violón, ejecutando con pasmosa exactitud las habaneras más rancias y pasadas de moda.

Las innumerables dificultades que la ley de Asociaciones ofrecía y que á muchos parecían barrera democrática infranqueable, han sido al fin aumentadas con este ramplón instrumento, que cada vez está más anticuado,

De aquí que los diputados de la mayoría, poco amantes del proyecto de D. Bernabé, tengan fácil y libre acceso á la murmuración, gracias á este MONTEROLA, que ya en París desafinó estrepitosamente. Con el MONTEROLA ANTIGUO ESTILO se obtienen varias cosas deplorables: una nueva dificultad para que el proyecto liberal del Gobierno pueda votarse en el Senado; medios fáciles y seguros para que fracase, y, lo que es más esencial, enseña el modo de conseguir que venga antes de lo que se esperaba el hombre de las frases.

Los grandes solistas del Congreso, como Moret, Maura, Barrio y Mier, Nocedal, Salmerón y otros muchos darán diversas interpretaciones á esta obra, la cual, seguramente, será ejecutada á gusto de los consumidores de turnos.

La palabra MONTEROLA es un término aplicable á todos los instrumentos políticos de su estilo, aunque es una pura y desdichada invención, fabricada en Lourizán por The Montero y Compañía, sin límite de yernos.

EL MONTEROLA ANTIGUO ESTILO no tiene precio.

SE ENVIAN CATALOGOS Y COPIAS DEL TRATADO DE PARIS, dirigiendo la correspondencia á la calle de Goya, esquina á Velázquez, SALON MONTEROL.

CASA NAVARRORREVERTHIAN SASTRERIA

La única con patentes financieras, de invención, de monopolios, que hace los conocidísimos presupuestos impermeables de paño sin goma de consumos.

50, CABALLERO DE MUCHA GRACIA. 50

SE TRASPASA

en pésimas condiciones una Embajada nueva, flamante, con pocos días de uso, por no poderla atender su dueño, al que le sienta muy mal el clima de Roma y la humedad del Vaticano.

OJEDA DARÁ RAZÓN

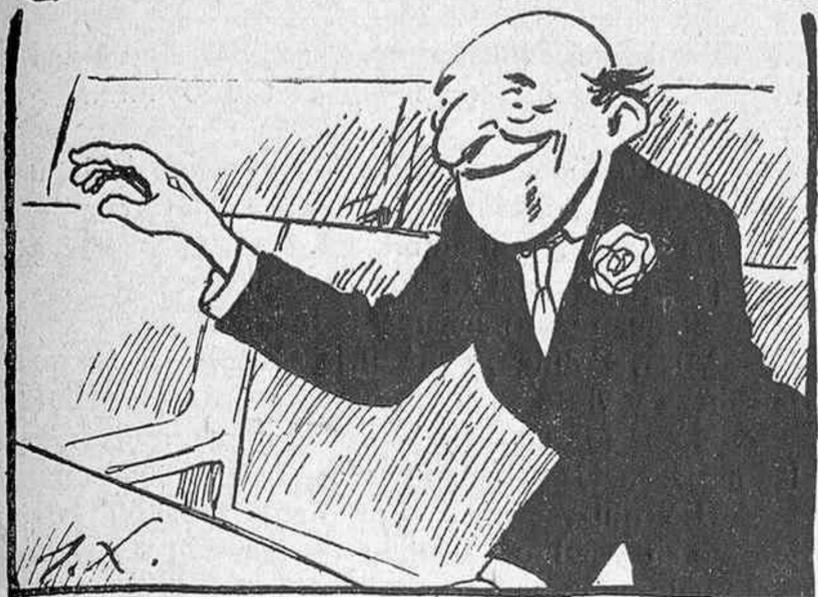
ALFOMBRAS Y TAPICES

Han llegado las últimas novedades que el Gobierno había pedido, así como un nuevo sistema de calefacción para suavizar la glacial temperatura del Congreso, especialmente en las inmediaciones del banco azul, donde no se puede parar de frío.

Sobre todo, alrededor de Dávila la temperatura es de ocho grados bajo cero. ¡Gracias á los caloríferos MORETÍN y CANALEJASSÉ!

Patente de invención, no sabemos por cuánto tiempo.

JUEVES DE GEDEÓN



Gracias á Dios! ¡Se leyó por fin!
—¿Qué?

—El proyecto de ley de Asociaciones, Calínez. En vilo me tenía ese famoso proyecto. Después de lo que hemos sudado todos, colaborando en él con Bernabé, empezó la gente á decir que la criatura se malograba antes de que la presentaran á las Cortes para darle el primer biberón. ¡Cómo estábamos todos sus padres!: nerviosos, desesperados. Pero, en fin, el fruto de nuestros afanes está ya donde debía estar. Bernabé respira y respiramos todos sus colaboradores, incluso los muertos, como Waldeck-Rousseau. Ahora, La Gota de Leche.

—¿Cómo la gota de leche?

—Sí, hombre; se lo confiaremos á esa benéfica institución, para que lo alimente y lo dirija por el camino de la salud. Bernabé irá todos los días con sus frascos de leche esterilizada á darle chuponcitos en el seno de la Comisión. El proyecto será hombre, no te quepa duda, pese á la enemiga de los conservadores, gracias á nuestros cuidados y á la leche esterilizada.

—No será poca leche, Gedeón; no será poca leche la que ha de tomar. Mira tú que una criatura tan tierna... ¡pobrecita! ¿cómo va á poder con tantos y tan robustos frailes como tenemos por aquí? Y luego si Roma hablara francamente; pero ¡quía! todo lo que sucede en el Vaticano es un misterio.

—No te falta razón.

—Yo me intereso muchísimo por la salud del Pontífice, porque además de ser muy buen católico, siento viva simpatía por ese bondadoso anciano que nunca soñó con la tiara, y fué á Roma desde Venecia para asistir al conclave, tomando en la estación de partida billete de ida y vuelta. Pues bien, todavía no he conseguido saber si está enfermo ó si está sano, y en caso de padecer alguna dolencia, si ésta es grave ó leve. Un día leo un telegrama de Roma diciendo que Su Santidad inspira muchísimo cuidado á los que le rodean, porque los síntomas que en él se observan, anuncian una próxima é irremisible desgracia. Al siguiente día, otro telegrama en el cual se afirma que Pío X disfruta de una salud excelente, recibe audiencias y da largos paseos por las estancias del Vaticano. Al otro vuelvo á leer que, efectivamente el Pon-

tífice padece una afección, pero tan leve y pasajera, que no requiere alteración ninguna en sus costumbres ni inspira la más pequeña inquietud.

—Todo cuanto dices es el Evangelio, Calínez. Yo también he leído esos telegramas, pero con circunstancias agravantes.

—¿Con qué circunstancias agravantes, Gedeón?

—Escucha: Siempre que el Papa, según el telégrafo, disfruta de perfecta salud, el que se halla muy mal, á creer al mismo autor de la noticia, es su médico, el Dr. Lapponi. En cambio, cuando el bondadoso Pontífice sufre alguna enfermedad, su médico, el Dr. Lapponi, se halla fuera de peligro. Fíjate; es un fenómeno patológico que se repite todas las semanas. «Roma, tantos. Por rumores recogidos en el Vaticano y que se conceptúan completamente verídicos, nunca ha sido tan firme como ahora la salud que disfruta S. S. Pío X. En cambio, se asegura que á su médico, el Dr. Lapponi, habrá que amputarle á todo escape una pierna.—X.» A los dos ó tres días: «Roma, tantos. Corren con gran insistencia rumores pesimistas respecto á la salud del Pontífice, á quien ayer le acometió un largo colapso. En el Vaticano reina con este motivo la más profunda inquietud, temiéndose un funesto desenlace. En cambio, su médico, el Dr. Lapponi, se encuentra tan bien de salud que anoche pudo asistir al baile celebrado en la Embajada de Austria, bailando y dirigiendo un magnífico cotillón.—X.» Nada; que cuando enferma el cliente, sana el médico, y no hay manera de saber si Pío X goza efectivamente de buena salud, ó si la tiene mala Lapponi. Te sobraba razón para decir que cuanto ocurre en el Vaticano es un misterio.

—Pues lo mismo que pasa con las personas respetables del Pontífice y su médico, sucede con la actitud de la curia romana respecto á los proyectos anticlericales del Gobierno. Un día nos telegrafían que en el Vaticano se sonríen de los peces de colores y de la alharacas del poder civil, teniendo la seguridad de que España irá por donde quieran Merry del Val y los frailes, para lo cual cuentan, naturalmente, con Maura, que está al caer, y todas sus acuarelas, que el que las ve se ha caído. Al siguiente día cambia la decoración y nos pintan al Vaticano todo temeroso y encogido ante Bernabé y los infinitos padres de la obra reformista. Hoy suponen á los cardenales, capitaneados por Vives y Tudó, en fiera intransigencia, tirándonos los capelos á la cara, y mañana nos dirán que todos los monseñores están dispuestos á darnos gusto, siempre que no apretemos demasiado. Vaya, que no sabe uno á qué carta quedarse en cuanto á la salud del Papa ni á la de Lapponi, ni tampoco á lo que piensan por allá de Bernabé y sus cosas. Y, francamente, costarnos tanto dinero como nos cuesta Roma, para estar tan mal informados, me parece ya demasiada primada de Toledo. Siquiera aquí en España uno se entera prolijamente de todo, y sabes á ciencia cierta que Maura asistió á la primera sesión del Congreso con chaleco blanco (¡qué cursi!)

y á la recepción de Palacio con uniforme de ministro (¡qué cursi!) y con la placa de no sé qué orden donde no la debe llevar.

—¡Cielos! ¿Maura lleva placas donde no debe llevarlas? Nunca lo hubiera creído en él, Calínez.

—Sí, se la puso, según parece, á la izquierda, siendo reglamentario que se la pusiera á la derecha. Total, que les llevó la contraria á todos los compañeros de orden.

—¡Mira tú el coquetón; ahora le ha dado por las prendas de vestir y las preseas como á Weyler! A las Cortes, con chaleco blanco, igual que un pollo elegante del campo de Mallorca. A Palacio, donde todos los diputados van de frac, él se larga de uniforme de ministro, como diciendo ¡aquí estoy yo!, y con la placa zurda, como diciendo ¡aquí está ésta! Y hasta es posible que lleve pulsera de cuero con reloj, no en la muñeca, al uso general, sino en otra parte. Todos los grandes hombres tienen sus debilidades, amigo mío, y en último término más vale que le dé por la indumentaria que por los pinceles. En algo ha de entretener el culto á su personalidad que le caracteriza, y es un plausible rasgo de franqueza el que se manifieste tan cursi por fuera como por dentro. Yo ya estoy deseando que hable en las Cortes; tengo sed de su elocuencia, al mismo tiempo insubstancial y hermosa. Ahí es nada: latiguillos con chaleco blanco. ¡Todos los buenos actores de provincias los gastan de ese modo!

—Sí, hay gente muy vanidosa, Gedeón; pero también hay hombres muy modestos, que hacen la felicidad de sus conciudadanos sin preocuparse del chaleco.

—¿A quién te refieres, Calínez?

—A Navarrosreverter.

—¿Y Navarrosreverter no se preocupa del chaleco?

—Que yo sepa, de los bolsillos nada más. Ha metido las manos en todos los nuestros. ¡Pero qué obra la suya!

—Aunque no entiendo de números, á mí también me parece magnífica!

—¿Magnífica dices? Definitiva.

—¿Acaba con los Consumos, eh?

—Y con los consumidores, Gedeón. De un golpe, ¡zás! ya no hay consumos ni quien consuma en España.

—Por algo se retiró unos días á la Húmera.

—Para rompernos el húmero. Pues si descienes á los detalles de su producción financiera, ¡qué creaciones tan geniales, qué hallazgos tan inspirados! Examinemos la ley del Banco nada más. Con una mano le proporciona á éste la ganancia de 30 millones, supongamos, á costa del Tesoro, y con la otra le cobra para el Tesoro esos mismos 30 millones en concepto de participación en sus beneficios.

—Para ese viaje podía tener las manos quietas.

—No puede, le bailan en viendo millones. Pero no me negarás que una reforma como esa nos estaba haciendo mucha falta.

—Yo ya te dije que no entiendo de números, pero á mí esa ley se me antoja aquello de «para dar y tomar á los amigos» que vocean los vendedores de participaciones impresas al acercarse la Navidad. En fin, puede que Navarrosreverter sea una especie de Loreto Prado de las finanzas. Ya le estudiaremos otro día.

—Desde ahora te digo, Gedeón, que no tenemos otra cabeza igual á la suya.

—Sí, Calínez, la de Dato. ¿propósito, ¿sabes que se ha metido á *chauffeur* de Maura?

—¿Qué me cuentas?

—Le lleva á Palacio en automóvil, un automóvil magnífico que ha comprado con 300 minutas de fuerza.

—¿Qué barbaridad! ¡Cuántos atropellos de dientes!

—Desde que Dato estuvo en Inglaterra, ya no vive más que para el automóvil.

—¡Todo se pega en este mundo!

—Tienes razón; señales de los tiempos.

—Mira, Calínez, ¿qué diría Cánovas si levantara la cabeza y viese esos conservadores á la gasolina?

—No sé lo que diría, pero de fijo que se tapaba las narices. O correría para que no le atropellasen.

—¿Lo quieres más atropellado todavía? Maura jefe de su partido. Tapémonos también las narices, que huele muy mal ese automóvil. 300 minutas de fuerza y Maura y Dato en el pescante...! Sólo faltaba que llevasen á Navarrosreverter de procurador. Huyamos del auto de esos señores; por donde pasa él no queda un céntimo.



Cancionero gedeónico

Con buen color, nuevos bríos
y más que nunca animoso,
ya ha vuelto Montero Ríos,
el insigne catarroso.

No á ocultarnos se resuelve
su vanidad desenvuelta...

¡De prisa y corriendo vuelve
por si es posible su vuelta!

¡Que este cacique de invierno
que tose, estornuda y chilla,
quiere volver al Gobierno
para darnos la puntilla!

Ni su carácter malsano,
ni su salud quebrantada,
le convencen á este anciano
del toque de retirada;

y me parece mentira
que aún le dejen propasarse...

¿por qué no se le retira
si él no quiere retirarse?

Ninguna bondad le escuda...
Que esta momia sempiterna,
cuando gobierna, estornuda;
cuando estornuda, gobierna...



Vestidos de gala

—y algunos de nuevo—
los pobres ministros
entraron muy serios,
muy tristes, muy graves,
temblando de miedo ..

La Cámara entera
fijábase en ellos,
y algunos señores
reíanse al verlos...

Con López al frente
buscaron su asiento...
¡Qué caras tan mustias!
¡Qué lánguido aspecto!





APERTURA DE LA TEMPORADA

Gedeón.—(Leyendo.) «SE ALZA EL TELÓN... LA ESCENA REPRESENTA UN CEMENTERIO...»
¡A VER SI HAY ALGUNOS VIVOS QUE RESUCITEN A ESTOS MUERTOS...!

¡Qué cuerpos tan lacios!
¡Qué escasos de pelo!
Yo, al ver sus personas,
me dije al momento:
¡Dios mío, qué «canguis»
distruta el Gobierno...!

¡También, como muchos,
tiré de gemelos.
pues ver pretendía
de cerca á los reos!
Mas ¡ay...! ¿De qué sirven
cristales de aumento,
si al cabo no aumentan
personas ni objetos...?
De arriba ó de abajo,
de cerca ó de lejos,
los pobres ministros
que á López siguieron,
á quien los contempla
parecen pequeños...
¡Qué triste es pensarlo!
¡Qué triste es saberlo...!
Yo, al ver sus personas,
me dije al momento:
¡Dios mío, qué chico
resulta el Gobierno!

Y habló el pobre López,
pues no hay más remedio...
¡Que tales molestias
le exige su empleo!
¡Qué torpe de frase...!
¡Cuán malo de gesto...!
¡Qué cosas tan vanas
nos dijo en secreto!
¡Qué *speech* tan inútil,
tanroso y tan feo...!
Tan sólo un aplauso
rompió aquel silencio
que en pos del discurso
reinó en el Congreso!
¡No tuvo ni aún *claque*,
Señor, que es lo menos...!
Yo, al ver este frío,
me dije al momento:
¡Dios mío, que solo
se queda el Gobierno!

¡Pues no tiene pocos humos
el nivelador *pour rire*
porque nos va á suprimir
el impuesto de Consumos!
Si el aplauso es lo que busca,
yo se lo otorgo por esto,
pues el ominoso impuesto
me hace de veras *la cusca*...

Más no se ha de envanecer
con esa sola reforma,
ya que ella es *cuestión de forma*,
según mi modo de ver...

Pues quedaremos iguales
si ahora importan un caudal
los azúcares, la sal,
las cédulas personales...

Ya no habrá *dos de la vela*
mas sí *de la vela dos* ..
Y de este modo ¡rediósl
no hay duda que se nivela...!

Para la suma total
borra un quinto, añade un quinto...
¡El padre será distinto,
pero la deshonra igual!

¡BIEN POR BERNABÉ!

No cabe negar que Bernabé se ha portado como un hombre.

Claro que nada de lo que contiene la ley de Asociaciones se le ha ocurrido á él; pero tampoco se les había ocurrido á los demás hombres políticos españoles, los cuales se limitan casi siempre á traducir del francés.

Y aparte de esto, en política, como en otros muchos aspectos de la vida, las cosas no son de quien las piensa, sino de quien las realiza, y por lo menos Bernabé ha puesto en marcha los pensamientos ajenos. ¡Bien, muy bien por Bernabé!

Hora es ya de que se haga justicia á los hombres modestos, cuyo principal mérito estriba en ser muy voluntariosos, ó como dice el vulgo, muy cabezotas.

¡Y Bernabé es uno de nuestros cabezotas más acreditados!

A nosotros nos hace sonreír el desdén con que pretenden tratarlo los tenores y los tenorinos parlamentarios, muy orgullosos de su voz de falsete y de sus hediondas *fiorituras*.

Leímos hace poco que el Sr. Mella, el maravilloso Sr. Mella, carlista por compromiso, y ordinario de Valladolid del putrefacto partido, hizo un gesto despectivo al advertirle que le contestaría Bernabé cuando él se dignara lanzar su formidable elocuencia contra el Gabinete liberal.

Pero es el caso que oradores como el Sr. Mella hemos tenido muchos en España; es el caso que todos nos sabemos de coro sus sublimes apóstrofes, sus párrafos brillantísimos, y es el caso que ya nadie lo hace maldito de los que despotrican con tanta literatura.

Más elocuente que Mella es todavía Moret, y sus himnos á la libertad y á la democracia concluyen en la ley de Jurisdicciones. Tan elocuente como Moret es D. Melquiades Alvarez, y aún no sabemos cómo piensa ni lo que piensa, y si es que piensa algo. El hombre parece un Descartes vuelto del revés. No dice «pienso, luego soy», sino «no sé lo que pienso, luego no sé lo que soy».

Nada tan infecundo, nada tan lamentable y perjudicial como los grandes oradores españoles. Con tres ó cuatro de ellos se venía abajo la nación más floreciente de Europa. ¡Ni siquiera sirven para salvar las obras con las piernas, como ciertas tiples del género chico!

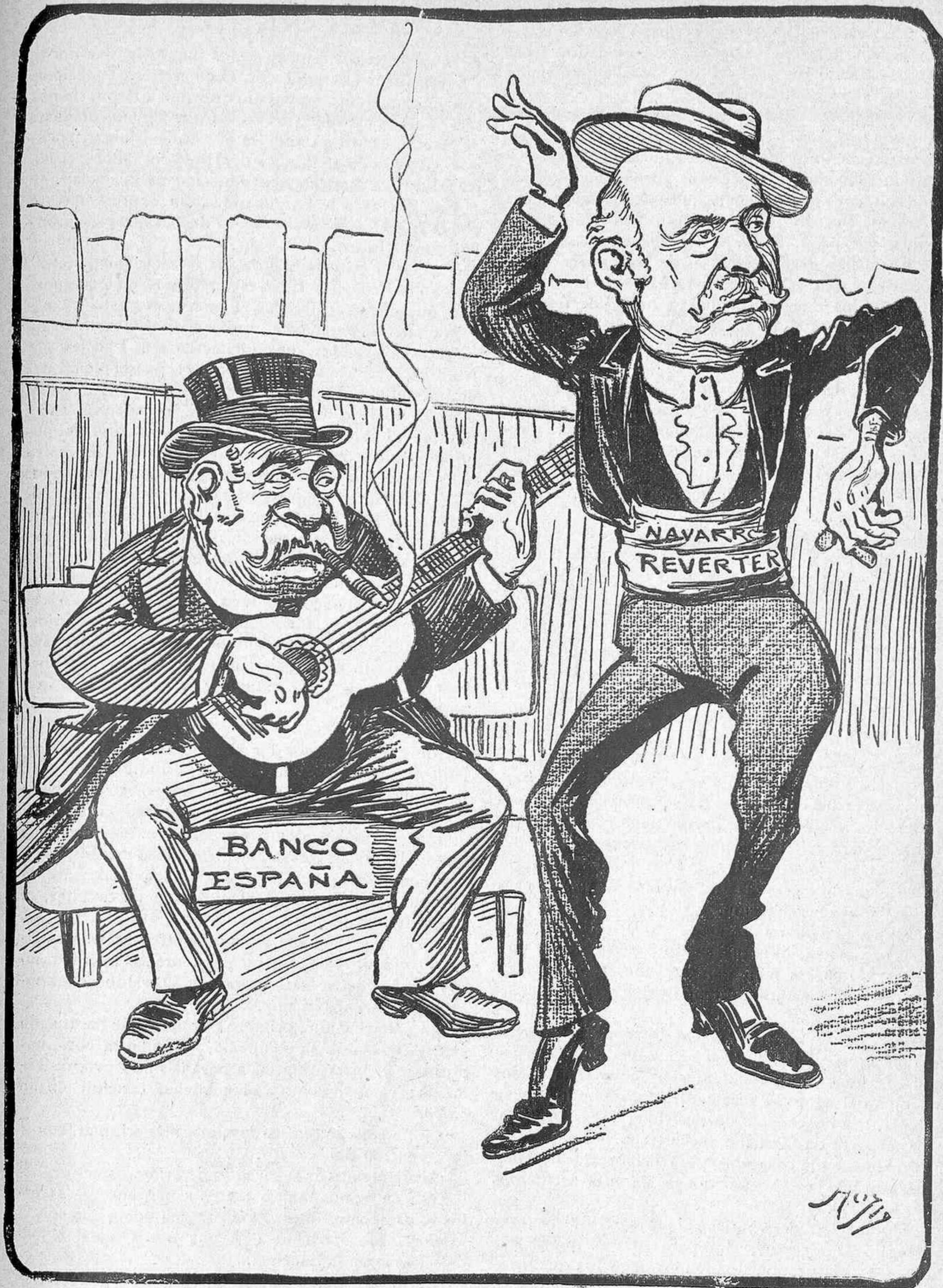
Y Bernabé no habla. Es decir, hablar sí habla con las tortillas substanciosas y enciclopédicas con muchos tropezones. Pero Bernabé obra, aunque la obra que obre no sea obra suya. ¿Cuánto tiempo nos hemos pasado en España entregados al vago y ameno oficio de decir que era indispensable poner coto al excesivo desarrollo de las Ordenes religiosas?

¡Si hasta el propio D. Raimundo, de llorada memoria, largó esa especie un día que se le sublevó no sabemos qué fraile!

Pues en tan dulces y entretenidas habladurías iban corriendo los años y multiplicándose los conventos. Hasta que vino Bernabé, y dándose un golpe en la cabeza, dijo: punto redondo.

La ley podrá prosperar ó podrá hundirse en el panteón parlamentario, en ese pudridero donde los





JUERGA FINANCIERA

EL CONSEJERO.—¡NO TE TIRES, REVERTER, VENDE CONMIGO...!

muertos que andan entierran á las leyes fallecidas; pero de todas suertes el primer paso para la realización de la temerosa empresa está ya dado, y ese paso lo ha dado Bernabé, la otra medalla de Crimea del general López Domínguez.

Los españoles sabemos ya á qué atenernos en esa representación de la zarzuela política con música del maestro Caballero que ameniza nuestras veladas, y como lo sabemos no esperamos absolutamente nada de los gigantes, pero sí un poquito de los cabezudos.

Animo, Bernabé; para ti serán los aplausos del público que paga. Ríete de los apóstrofes sublimes que lanzan las grandes figuras de la oratoria parlamentaria. Como Maura está ya harto de los liberales, todos los demás estamos ya hartos de los latiguillos. ¡Guerra al latiguillo ponzoñoso en todas las escenas, y loor á los Bernabés que obran con la capa puesta!

Recibe este desinteresado y sincero aplauso de Gedeón, y si por abusar de tu pelo, y al ver que tienes cierto airecillo de Combes chiquitín te preguntan que si eres su administrador, responde con las palabras del ángel:

¡Soy su cabeza de la democracia!



LA INTREPIDA VIAJERA

Nuestra buena amiga, madame du Gast, *no da paz á la mano*, como dijo el clásico.

Cansada de sus correrías por Europa, ha llegado á Tánger, decidida á explorar el Imperio marroquí.

Partidaria de la penetración pacífica, proclamada como la mejor y más suave de las políticas, se dispone á visitar al pretendiente, sin duda para reducirle á la obediencia del Sultán.

Entre los partidarios del sangriento moro, la presencia de madame du Gast ha de producir indiscutible efecto, y bien hará el pretendiente en tomar sus medidas para evitar cualquier alzamiento de los más inquietos, si, como se dice, la intrépida viajera lleva instrucciones reservadas del Gobierno francés para acabar con la insurrección.

Esta conquista á la francesa es la última palabra de la diplomacia, en la que siempre consiguieron muy buenos éxitos las mujeres, que con razón pueden reírse del más astuto diplomático, por plenipotenciario que sea.

Madame du Gast, de cuya intrepidez y buena fortuna no hay ejemplo, sabe ya cómo las gastan los moritos, pues en su viaje anterior fué víctima de los manejos del moro *Valiente*, azuzado por los de su partida, que no cesaban de decirle: ¡Anda, *Valiente*!

Y madame du Gast fué secuestrada.

Por fortuna la cosa no pasó á mayores, y madame du Gast pudo volver á Francia sin más accidentes que lamentar.

Hoy vuelve, como indican algunos periódicos franceses, no ya por *sport*, sino para otra empresa más útil, cual es la gestión de algunos negocios que interesan á las relaciones de Francia con Marruecos.

Muy difícil es la aventura para una mujer, pero dadas las condiciones de esta admirable *sportsman*, es de suponer que vuelva satisfecha.

¡Y que no se altere el *statu quo*!

Gedeón, moreno

Convenientemente preparados fuimos la otra noche á la Princesa para ver *Los espectros*. Y decimos convenientemente preparados porque á la puerta nos dieron unos prospectitos en los que algunos médicos de Sevilla certifican que el Sr. Tallaví interpreta el caso patológico de la obra de Ibsen sin faltarle nada para ser una perfecta reproducción de la verdad.

Los doctores le recomiendan tan expresivamente como si se tratase del empleo de unas nuevas pastillas contra la tos.

Ya con el visto bueno de los facultativos penetramos en la Princesa. En el cartel leemos, en letras gordas, que el Sr. Tallaví es el único actor español que representa *Los espectros*, y más abajo, y también en caracteres grandes, una invitación á la Facultad de Medicina para que presencie la representación del drama del autor noruego.

Sin embargo, más que carteles, prospectos y testimonios, hubiese impresionado á la mayoría del público un buen órgano colocado á la puerta del teatro y un individuo de garantizados pulmones, voceando:

—¡Adelante, señores, adelante! ¡Ahora mismo va á empezar la representación del magnífico drama de Ibsen, titulado *Los espectros*, donde el Sr. Tallaví representa á la perfección el *non plus* de los paralíticos! ¡Este drama, que tanto éxito ha tenido en cuantas provincias se ha representado, se hará sólo dos ó tres veces, por tener que cumplir otros compromisos! ¡Adelante, señores, adelante! ¡Al final, el Sr. Tallaví, confiado en la benevolencia del público, pedirá el sol, aunque esté nublado! ¡Ahora mismo va á empezar!

Y música.

Con esto queremos dar á entender á nuestro amigo Tallaví, actor muy á la moderna, estudioso y que se preocupa como pocos de sus compañeros de hacer arte, que no basta reproducir la verdad en un caso clínico, si no se acompañan otras sensaciones más agradables; si á través del artificio, de la mecánica con que puede componerse más ó menos fácilmente un tipo, no descubrimos la psicología de un carácter, su alma, su humanidad.

Así y todo, aunque abundan entre nuestros cómicos los paralíticos, y principalmente los parados, no hay muchos capaces de cargar con Oswaldo, sin exponerse á hacernos *de reir*.

Un primer actor, primero porque así se ha titulado él á la cabeza de su compañía, no por otra cosa, nos dijo que él interpretaría la parálisis más progresivamente; vamos, como quien piensa concluir en un *galop*.

En fin, puede que así resultase más original, con la intervención del sexteto.

¡Nos dolemos de la carencia de primeros actores...!

¡Nunca hemos tenido tantos como ahora! Todos los días leemos que Pérez forma compañía con la Gómez, que Fernández se une á la González, que García va con la Sánchez.

¡Si no hay quien se esté quieto, incluyendo al público que los escucha! Con llevar cuatro ó cinco traducciones al peso y media docena de decoraciones de papel, *tourneé* arreglada, y Periquito presumiendo de primer actor y empresario. ¡Caramba, preferimos





EL POBRE GALLEGO

Gedeón.—¿QUE POBRE TAN MOLESTO! ¿CUANDO LLEGARA LA HORA DE QUE LE METAN EN UN ASILO?

á esa *troupe* Karelli que va apurando letras por España—hasta ahora, Avila, Arévalo y Albacete—y que lo mismo devora un drama que un monólogo, que hace juegos de manos y da saltos mortales.

Es preferible, no cabe duda, á que Hernández, primer actor, anuncie que va á Toledo ó á Ciudad Real á hacer arte nuevo (!), á interpretar á Ibsen, á Sundermann, á Mæterlink (!!!) con media docena de cómicos que no han pasado todavía de *La capilla de Lanuza* y de *El puñal del godo*.

¡Sí que hace falta humor!

¡Y pretensiones!



UN POQUITO MEJOR

Como el aragonés del cuento, cuantos diputados de la oposición, y aun de la mayoría, entraban en el Congreso la otra tarde, dirigiéndose al general Crimea, exclamaban:

—¿Se agoniza, eh?

Y tal era el hedor que despedía el banco azul, que los diputados ministeriales, tapándose las narices con caramelos del Congreso, se alejaban más que á paso de allí. Sólo media docena de admiradores de la gran cabeza de D. Bernabé permanecieron detrás del simbólico banco, pacientemente, resignadamente, dolientemente, como en un velatorio.

Si en el hemicycleo del Congreso se hubiesen tolerado la tarde de la inauguración de las tareas parlamentarias, corredores como en el Frontón y apuestas mutuas, ¡valiente momio hubieran tenido que ofrecer!

Porque la cátedra liberal precisamente estaba contra el Ministerio y casi á favor de Maura.

¡5 á 20! ¡8 á 40! ¡10 á 30!

Y todo, ¿por qué? ¡Pues por D. Eugenio, que en cuanto sale de Lourizán se mete en todos los charcos políticos que encuentra!

¿Pero por qué se moverá ese hombre de allí?

D. Bernabé, en un supremo arranque y cuando el partido lo llevaban de calle, como suele decirse, los contrarios, encestó la ley de Asociaciones, y gracias al saque, se salvó la cosa, apuntándose el Gobierno el último tanto, después de haber dado por buena la última pelota Moret y Canalejas.

¡No somos nada!

El Gabinete, como en muchos casos de la vida, ya administrado y todo, ha experimentado una ligera mejoría, y optimista, como todos los enfermos, se las promete muy felices, confiando en que su curación será completa.

D. Bernabé, que estaba deseando colocar la lectura del preambulito de su ya famoso proyecto de ley á los ministros, pudo conseguir su propósito, y á la salida del Consejo, en el descansillo de la escalera, ¡zás! los atracó. Y tirando de cuartillas, dió lectura á su magna obra.

El proyecto de ley tuvo lo que se llama un éxito de lectura. El ministro, con orgullo, contemplándose radiante, ante un espejo, no pudo menos de decir

después: ¡Qué lástima que no tenga yo un par de dedos más de estatura!

En fin, exclamemos parodiando al personaje de un popular sainete:

—¡Que se fastidie D. Eugenio!



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Acabamos de recibir del otro mundo un pesado volumen, que cae sobre nuestra mesa de trabajo con el estrépito consiguiente.

Ya supondrán nuestros discretos lectores—y hasta los indiscretos como Dávila, que también suele leer GEDÉON de vez en cuando,—ya supondrán que al escribir *del otro mundo*, queremos decir que ese libro viene de América.

Mas aunque alguno creyera que procede verdaderamente *del otro mundo*, ó sea del reino de los muertos, tampoco se equivocaría, porque todos los trabajos que contiene son cosa muerta, ó por lo menos llamada á morir en plazo breve.

Llámase, en fin, el libro *Antología Boliviana*, y es el primer tomo de los seis que anuncian los editores, y que estarán dedicados respectivamente: el primero y segundo, á los escritores de Cochabamba; el tercero, á los de Sucre; el cuarto, á los de La Paz; el quinto, á los de Oruro y Potosí, y el sexto, á los de Tarija, Santa Cruz y el Beni. Todo, como se ve, arreglado por regiones.

Cierto que nosotros estimamos á bastantes escritores americanos, y entre ellos á algunos de Bolivia; pero es porque salieron ya de aquella literatura del sinsonte por el sinsonte mismo, que tuvo una ligera resonancia en los remotos tiempos de nuestros abuelos. Así es que no podemos estimar á los que viven ¡todavía! en esa época feliz, como algunos de los escritores cochabambines que aparecen en esta Antología.

¡Cochabamba y qué nombrecitos se gastan además aquellos amigos...! Baptista, Oblitas, Florián Zambrana, Eufonio Viscarra, Demetrio Caullas, Adela Zamudio, Achá, Arauco... ¡Si parecen camellos...! ¿Dónde hemos tropezado con éstos ú otros nombres parecidos...? ¡Ah, sí...! ¡En los artículos de nuestro inolvidable Taboada!

Claro está que no tenemos por qué censurar esos nombres—que respetamos particularmente—porque á nosotros nos parezcan más ó menos detonantes. Lo que censuramos es sus respectivas literaturas, que, en general, vienen á ser una y la misma... ¡La que ya no se lleva por estos mundos... ni aun por aquéllos! Eso sí, cada uno de estos literatos ostenta al pie de su apellido un título honorífico: Poeta... Prosador... Y hasta uno se llama ó le llaman «Tradicionista», nueva variedad de la especie literaria que recomendamos á los naturalistas...

Pero nosotros aseguramos que muy pocos merecen el rotulito. No. Casi ninguno de los que figuran en el primer tomo de la *Antología Boliviana* son dig-

nos de ser coleccionados, y seguramente no quedarán en la verdadera Antología... del porvenir.

Con menos franqueza que nosotros vienen á decirlo también los autores—que no firman—de las semblanzas que acompañan á los respectivos retratos.

Porque no hay una sola de esas semblanzas donde no se diga algo que nos invite á creer en lo que acabamos de escribir; esto es, que casi ninguno de los que figuran en la *Antología Boliviana* es digno de ser coleccionado.

Véanse estos *elogios* que entresacamos de aquí y de allá, callándonos piadosamente los nombres de los agraciados:

«Su estilo es afrancesado... Su cultura escasa...»
«Tiene su paranza construída de frases hechas...»
«A veces el escogimiento afectado de sus frases... ¡Lástima que carezca de alientos...!» «En los escritos de... no hay creación... Pero no siempre está feliz.» «Su pluma todavía un poco borrosa por falta de maestría...» «...No tiene todavía cultura literaria...» «...Aunque (escribe) de ordinario en un estilo pesado y descolorido...» «...Es muy probable que llegue á ser un excelente escritor, con más estudio, más ejercicio y más años...» «...Escribe ingeniosamente, aunque en un traje que no es de ceremonia...» «...Comienza por una gracia y termina por una chocarrería...» «...Es una esperanza...» «...Le falta cultura y ejercicio...»

Después de leer todos estos *someros* juicios críticos, se le quitan á uno las ganas de gustar las inmortales páginas de la *Antología*. Y sentimos la terrible sospecha de que este primer tomo de escritores cochabambinos sea un bromazo demasiado fuerte hasta en Cochabamba... ¡Qué caramba!



... y armas al hombre

Pues señor... O aquí todos estamos tocando el violón, ó lo tocan solamente López y sus compañeros.

Nosotros empeñados en decir que va mal el Gobierno, que tiene muchos obstáculos y que, en resumidas cuentas, sirve para muy poco y durará lo mismo...

Y ellos empeñados en asegurar que el Gobierno va muy bien, que marcha como una seda, que durará mucho tiempo y que sirve para todo.

¿A quién creer?

Desde luego los vencemos por el número.

¡Ellos son los únicos que *panglossean*!

¡Al fin solos!



Solos están, efectivamente, aunque para cubrir las apariencias les salgan á última hora un par de aliados...

No hay más que recordar el lamentable suceso de la inauguración de la temporada parlamentaria.

El general tiró de programa, esperando al final de su faena las consabidas palmas y los oportunos tabacos.

¡Y no se oyeron más que tres ó cuatro palmadas sueltas, como las que se dan en el café para avisar al mozo!

Y en el hemicycle cayeron tres ó cuatro cigarros... de á diez céntimos.



Otro tanto le pasó á nuestro superabundante amigo D. Bernabé.

El hombre acudió al Congreso con su buen uniforme, con su carita risueña, con su aspecto dominiguero que tanto nos entusiasma... Subió á la tribuna, tiró de proyecto de ley de Asociaciones, ¡y lo leyó íntegro, casi de un solo aliento, sin dejar punto ni coma!

Esperaba la natural ovación, los rumores aprobatorios, los murmullos admirativos...

¡Y nada!

Cuatro palmadas de compromiso, y se acabó lo que se daba.

¿Puede haber una desgracia mayor?

Como las palmas suenan en singular para este Gobierno, ello nos invita á reconocer su virginal inocencia.

Sí, sí; no nos cabe duda...

¡A este Gobierno le enterrarán con palma!



Pero sea de ello lo que quiera, lo indudable es que no hay otro hombre de mejor conformidad que el general López Domínguez.

Como no cuenta con el bombo de los periódicos, ó no le satisfacen los que le dan algunos, ¡se atiza él solo cada bombazo que tira de espaldas!

Véase la clase:

«La Prensa me juzga como un visionario, y lo que soy es un hombre de gobierno que tiene plena conciencia de su deber...»

¡Esto acaba de decirnos para que nos enteremos perfectamente de su psicología!

Enterados.

Por nuestra parte creemos que eso es su confirmación y que, por lo tanto, ha cambiado de nombre.

En adelante le llamaremos Modesto López Domínguez.



Asegura también que cuenta con el apoyo de las minorías y que no tiene ninguna dificultad para gobernar...

Pero ¿y la renuncia de Barroso—representante de Montero—á la presidencia de la Comisión de Asociaciones?

Ya suponemos lo que contestará D. Modesto López:

—Precisamente esa renuncia es una prueba de adhesión... Porque si Barroso preside la Comisión, ¡aplasta el proyecto!



Después de todo, no sabemos para qué se preocupa nadie del famoso proyecto.

Ahora resulta, según los que presumen de estar bien enterados, que después de leído y discutido ampliamente, será rechazado en la oportuna votación.

Quiere decirse que lo veremos, pero no lo cataremos.

Lo que hacían los criados en la *soirée* de Cachupín.

Pasaban las bandejas por las narices de los invitados... ¡pero no les dejaban coger ni un dulce!



CUESTIONES GRAMATICALES

DE ESTOS TIEMPOS LIBERALES

D. EUGENIO.—ENTRE PARENTESIS, QUERIDO MARQUES: VOY A HACERLE A USTED UNA INTERROGACION... ¿QUE LE PARECE ESA NUEVA CONJUNCION DEL GENERAL, MORET Y CANALEJAS?
VEGA ARMIDO.—¿QUE QUIERE USTED QUE ME PAREZCA...? ¡DIGNA DE UNA INTERJECCION!